

La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)

Carlos Sanz Mínguez, Alicia Gómez Pérez, Jesús Álvaro Arranz Mínguez
Departamento de Prehistoria. Universidad de Valladolid.

El yacimiento de Padilla-Pesquera de Duero, situado en los confines orientales de la provincia de Valladolid, es sobradamente conocido desde el siglo pasado por sus notables hallazgos arqueológicos y probable identificación con la ciudad celtibero-romana de *Pintia* citada por Ptolomeo y en el Itinerario de Antonino (las referencias al yacimiento quedan recogidas en SANZ MÍNGUEZ *et alii*, 1989, o SANZ MÍNGUEZ, 1990). No obstante, la importancia del enclave se ha manifestado con toda su intensidad en la última década, coincidiendo con el desarrollo de un estrecho programa de seguimiento arqueológico traducido en excavaciones programadas, así como en otras de urgencia cuando las circunstancias lo han requerido.

Precisamente en febrero de 1990, las obras de canalización acometidas por la Confederación Hidrográfica del Duero en el área de Carralaceña, término de Pesquera de Duero, motivaron una actuación de urgencia o más propiamente de *emergencia o salvamento extremo* por llevarse a cabo en un momento próximo a la conclusión de aquéllas en que la mayoría de las zanjas ya habían sido abiertas. La principal de ellas se ceñía a la cuneta izquierda, aguas abajo, del camino que separa los pagos de Carralaceña y La Dehesilla y que conduce a la Central Hidroeléctrica sita en la orilla de Padilla de Duero. A la altura de las parcelas 114 y 115 la canalización interesaba el límite septentrional de la demarcación establecida como de máxima protección arqueológica, teóricamente bajo los beneficios de B.I.C. El corte de esta zona permitía observar un nivel de tierras cenicientas muy homogéneo, de aproximadamente un metro de espesor. La ausencia de cualquier evidencia estructural en este lugar probablemente esté indicando el carácter de cenizas o basurero que posee el área.

Inmediatamente al norte de la parcela 116, fuera ya propiamente de la zona declarada B.I.C., donde actualmente restan pequeños retazos del bosque que se extiende en amplitud por La Dehesilla, las obras pusieron en evidencia dos depósitos de cerámicas que, como veremos, cabe asimilar a un ambiente funerario.

Por último, el área artesanal de producción cerámica de Carralaceña, que creíamos extendida, en la parte alta de la terraza inferior, únicamente hacia la derecha del camino que por esta zona baja al río, debe ampliarse ahora también a la zona izquierda de aquél. Este dato pudo atestigüarse a través de un sondeo de 1,5 por 3 m. realizado en la trayectoria de otra zanja en este caso aún por llevar a cabo. Apenas a 30 cms. de la superficie, en una tierra de labor que actualmente permanece en barbecho, se exhumó parcialmente una estructura que cabe identificar como correspondiente a un nuevo horno. Este hallazgo viene a sumarse a la pareja de estructuras ya

129
conocidas que motivaron las campañas arqueológicas programadas de 1989 y 1990, confirmando la personalidad e importancia de este núcleo artesanal hasta ahora excepcional en el ámbito de las investigaciones de la Edad del Hierro meseteña. Una vez constatadas las evidencias arqueológicas, el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León gestionó la alteración del trazado de la canalización por una zona próxima no conflictiva a los intereses arqueológicos.

Así pues, dado lo inespecífico de las evidencias arqueológicas proporcionadas en la zona de cenizas de la terraza superior afectada, y, por otro lado, el proceso de estudio que sobre la zona de alfares actualmente está realizando uno de los investigadores vinculados a este yacimiento, parece adecuado centrarnos ahora en los conjuntos cerámicos recuperados en la que interpretamos nueva necrópolis de Carralaceña.

Las cerámicas fueron detectadas por los trabajadores de la obra, haciendo una recogida parcial de las mismas y procediendo en algún caso a "estallar" aquellas enteras y colmatadas de sedimento para comprobar su contenido.

Desplazados al lugar del hallazgo pudimos comprobar la presencia aún *in situ* de fragmentos cerámicos en dos puntos del trazado de la zanja, separados entre sí unos veinte metros. La limpieza de los perfiles puso en evidencia que la pala excavadora había incidido de lleno sobre ambos conjuntos, pese a lo que pudieron recuperarse fragmentos cuyo mayor interés consiste en que permiten discriminar la correspondencia concreta de los materiales recogidos por los obreros a una u otra tumba. No obstante algunos recipientes permanecen sin atribución específica. Finalmente se procedió a desmontar y cribar la escombrera en los puntos inmediatos a los conjuntos, siendo espectaculares los resultados de esta operación. En el área de la tumba 1 se recuperaron cerca de una veintena de recipientes, la mayoría de ellos aún completos e incluso con sus contenidos intactos; por el contrario, apenas se obtuvieron evidencias en el entorno de la tumba 2*.

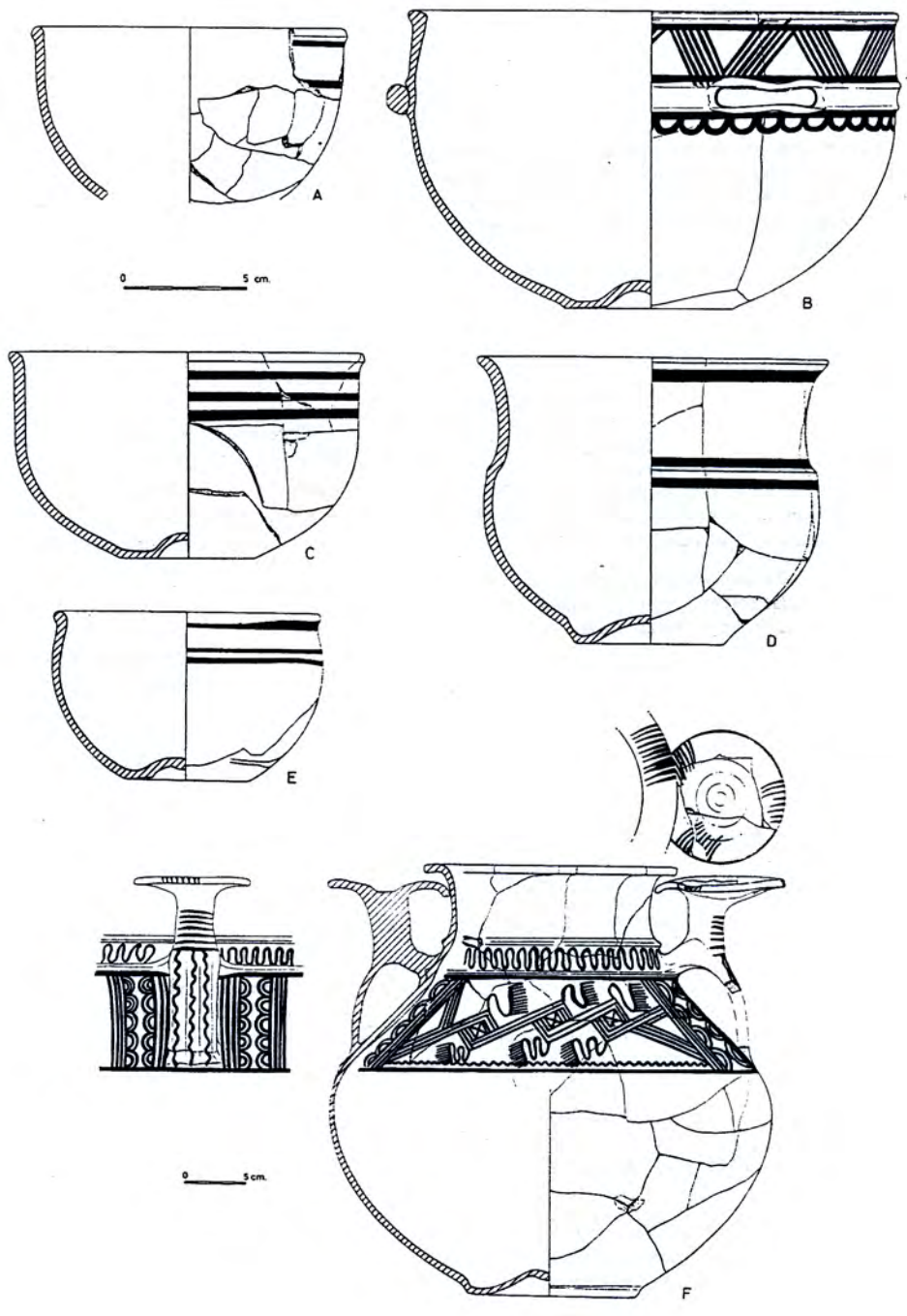
Por lo que a la estratigrafía de la zona se refiere debe señalarse su extrema sencillez. Así, al nivel de *humus* superficial de unos 40 cm. de espesor y color marrón, suceden otros dos amarillentos, el superior de gravas y arenas, y el basal exclusivamente de arenas, correspondientes a la terrea esteril. Los hoyos de los depósitos interesaban a los niveles de terraza hasta una profundidad máxima de 90 cm. desde la superficie. Merece destacarse, por último, la absoluta ausencia de evidencias materiales al margen de estos conjuntos, de tal forma que de no haber sido delatada la presencia de vestigios arqueológicos por las actividades mecánicas señaladas, la limpieza o esterilidad de los perfiles nunca hubiera permitido sospechar la extensión del yacimiento por este área.

Inventario.

Tumba 1.

El más septentrional de los conjuntos se halla constituido por 23 recipientes cerámicos, todos ellos hechos a torno, de los cuales únicamente se conservaban fragmentos *in situ* de los que hemos denominado F, N y A. De los dos primeros restaban en el perfil, a unos ochenta cm. de profundidad, sus fondos, conteniendo respectivamente evidencias de herrumbres en las paredes externas y algunos restos faunísticos en el interior. Ambas evidencias se confirmaron posteriormente al localizarse, en las tareas de remoción de la escombrera, un vasito de imitación metálica también con manchas ferruginosas, y otros dos de idéntica tipología al N (vasos R y S), colmatados de ofrendas faunísticas. Sin embargo, pese a las evidencias ferruginosas, no fue posible localizar los elementos metálicos que sin duda debió poseer este conjunto. Tampoco se documentó la existencia de restos óseos cremados correspondientes al difunto representado.

- A. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico, con labio ligeramente engrosado. Carece de la zona de asiento. Posee dos bandas horizontales monocromas negras como decoración pintada. Pasta anaranjada deleznable.
Medidas: \varnothing máx. = 125 mm.
- B. Cuenco fino pintado, de borde ligeramente reentrante y labio engrosado al exterior. Presenta dos molduras en el tercio superior, entre las que se dispone una pequeña asa horizontal. Posee igualmente decoración monocroma negra ceñida al tercio superior del recipiente. Entre el borde y el primer baquetón, enmarcada por banda horizontal, discurre un friso zigzagueante constituido por grupos de líneas paralelas oblicuas de inclinación contraria alternativamente. Bajo el baquetón inferior una guirnalda de arcos de círculo colgados de una banda horizontal. Pasta de color anaranjada, rojiza en el tercio inferior del recipiente.
Medidas: \varnothing máx. = 194 mm., alt. = 118 mm.
- C. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico, con labio ligeramente engrosado o vuelto. Bajo el borde presenta tres bandas horizontales de pintura monocroma negra. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 142 mm., alt. = 82 mm.
- D. Vasito fino pintado carenado de borde ligeramente exvasado. Presenta decoración pintada monocroma negra de bandas horizontales, distribuidas una bajo el borde y las otras dos enmarcando la línea de carena. Color anaranjado-rosáceo.
Medidas: \varnothing máx. = 142 mm., alt. = 113 mm.
- E. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico y labio engrosado. Presenta decoración pintada de tres bandas horizontales negras bajo el borde. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 110 mm., \varnothing boca = 105 mm., alt. = 68 mm.
- F. Vaso ovoide fino pintado de gran tamaño, con cuello cilíndrico y borde plano, que presenta dos asas verticales sobre las que se eleva un apéndice cilíndrico rematado en disco. Muestra decoración pintada monocroma negra ceñida a la mitad superior, organizada en dos frisos. El inferior y principal discurre entre los arranques de las asas, y consiste en serie de entorchados que determinan rombos de cuyos vértices superior e inferior arrancan trazos sinuosos rematados en peines. Este friso se interrumpe a la altura de las asas, determinando mediante trazos verticales paralelos metopas rellenas de pequeños semicírculos concéntricos. El friso superior, que discurre entre dos molduras angulosas, se halla constituido por línea sinuosa continua. Por último, las asas, de sección acintada, se decoran con tres trazos verticales sinuosos; el apéndice cilíndrico presenta trazos horizontales, y el disco de remate tres grupos equidistantes de trazos paralelos a imitación de los que suceden en el labio interior del recipiente. Pasta de color anaranjado, con evidencias de herrumbre por contacto con objeto metálico en su zona exterior baja.
Medidas: \varnothing máx. = 360 mm., \varnothing boca = 206 mm., alt. = 340 mm.
- G. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico y labio ligeramente exvasado, que presenta decoración monocroma negra bajo el borde constituida por friso de patos esquemáticos o mejor eses enmarcadas por bandas horizontales. Color anaranjado, rojizo en tercio inferior.
Medidas: \varnothing máx. = 165 mm., alt. = 83 mm.
- H. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico con borde vertical suavemente exvasado en el extremo. Presenta en el tercio superior un baquetón o pequeña carena remarcada por bandas pintadas, por encima de la cual y entre el borde se dispone un friso horizontal y decorativo constituido por cuatro líneas sinuosas, interrumpidas en tres ocasiones y de manera equidistante, por cuatro trazos rectos verticales. Color anaranjado en la mitad superior y grisáceo en la inferior.
Medidas: \varnothing máx. = 169 mm., alt. = 97 mm.
- I. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico, con borde de tendencia ligeramente exvasada y labio engrosado al exterior, del que no se ha conservado la zona de asiento. Presenta en tercio superior decoración monocroma negra de línea helicoidal que determina tres bandas. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 103 mm., alt. = 57 mm.
- J. Cuenco fino pintado similar al anterior, ligeramente asimétrico.
Medidas: \varnothing máx. = 121 mm., alt. = 72 mm.



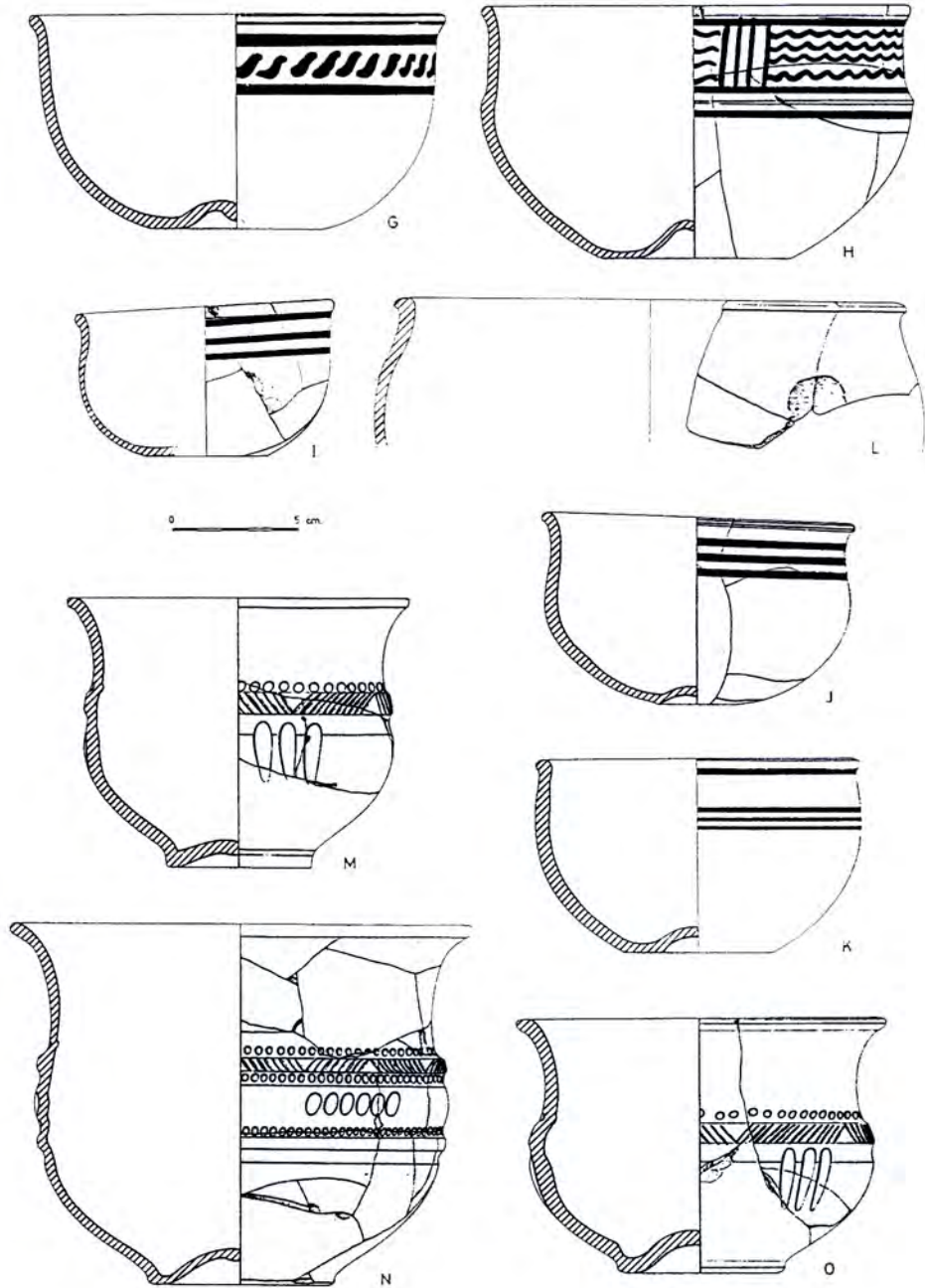
1. Tumba I, necrópolis de Carralaceña (Pesquera de Duero).

- 132 K. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico, con labio engrosado. Presenta decoración monocroma negra de una banda horizontal bajo borde y ligeramente separadas por debajo otras tres agrupadas. Pasta anaranjada, ligeramente más oscura en el tercio inferior.
Medidas: \varnothing máx. = 128 mm., alt. = 75 mm.
- L. Fragmento de borde de un vaso de bruñido metálico y color negro.
Medidas: \varnothing máx. = 215 mm.
- M. Vasito de imitación metálica, de superficie negra intensamente bruñida. La decoración, ceñida a la carena, presenta un friso de pequeñas cazoletas de punta roma, debajo otro de trazos incisos oblicuos de inclinación alterna y, proyectándose hacia la base, grupos de tres acanaladuras fusiformes. En el exterior de la pared próxima al asiento se observan manchas ferruginosas.
Medidas: \varnothing máx. = 136 mm., alt. = 104 mm.
- N. Vaso de imitación metálica, de superficie intensamente bruñida y color negro. Presenta carena hacia la mitad de su desarrollo y borde ligeramente exvasado. La zona media aparece fuertemente moldurada por baquetones y acanalados que sirven de marco a una decoración impreso-estampada constituida por tres frisos de pequeñas cazoletas hechas con punzón romo, otro de grupos de trazos incisos oblicuos de inclinación alterna, y uno central constituido por grupos de seis cazoletas ovals de mayor tamaño.
Medidas: \varnothing máx. = 183 mm., alt. = 139 mm.
- O. Vasito similar al M, ligeramente más pequeño y de color grisáceo.
Medidas: \varnothing máx. = 142 mm., alt. = 101 mm.
- P. Olla de perfil ovoide, borde engrosado y vuelto hacia la pared externa, de factura tosca o vulgar. Color grisáceo.
Medidas: \varnothing máx. = 142 mm., \varnothing boca = 118 mm., alt. = 117 mm.
- Q. Olla vulgar como la anterior. Color marrón claro.
Medidas: \varnothing máx. = 153 mm., \varnothing boca = 126 mm., alt. = 129 mm.
- R. Olla vulgar que conservaba en su interior varios restos faunísticos. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 123 mm., \varnothing boca = 100 mm., alt. = 102 mm.
- S. Olla vulgar de caracteres similares a la anterior. El interior aparecía colmatado de restos óseos de fauna. Color negruzco.
Medidas: \varnothing máx. = 136 mm., \varnothing boca = 110 mm., alt. = 110 mm.
- T. Olla vulgar, color negruzco.
Medidas: \varnothing máx. = 127 mm., \varnothing boca = 100 mm., alt. = 91 mm.
- U. Olla vulgar similar a las precedentes, carece del fondo. Color negruzco.
Medidas: \varnothing máx. = 148 mm., \varnothing boca = 114 mm.
- V. Olla vulgar como las anteriores, ligeramente deformada. Color grisáceo.
Medidas: \varnothing máx. = 157 mm., \varnothing boca = 126 mm., alt. = 126 mm.
- X. Fragmento correspondiente a la base de una olla vulgar. Color grisáceo.

Tumba 2.

La menor envergadura del conjunto meridional resulta manifiesta tanto en la media docena de vasos que lo integran, igualmente todos realizados a torno, como en las menores evidencias obtenidas del corte estratigráfico y de las tareas de remoción de escombrera. Pese a la similitud de ambos conjuntos en este caso no hacen acto de presencia los recipientes de imitación argéntea, desconociéndose asimismo ofrendas faunísticas o evidencias de herrumbre en la superficie de los vasos. La urna cineraria o los restos óseos cremados del difunto representado tampoco se encontraron en esta ocasión.

- A. Cuenco fino pintado, de perfil hemisférico, que presenta decoración pintada de tres bandas horizontales negras bajo el borde. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 134 mm., alt. = 79 mm.
- B. Cuenco similar al anterior, de tamaño más reducido. Color gris.
Medidas: \varnothing máx. = 103 mm., alt. = 59 mm.
- C. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico, con baquetón en la línea de carena, y borde ligeramente vuelto. Entre aquella y ésta presenta un friso pintado en negro, enmarcado por bandas horizontales, constituido por cuatro líneas sinuosas que se interrumpen por grupos de cuatro líneas verticales rectas. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 148 mm., alt. = 86 mm.
- D. Cuenco fino pintado similar al previo, pero de tamaño ligeramente mayor. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 186 mm., alt. = 98 mm.
- E. Olla de cerámica vulgar, perfil ovoide y borde vuelto. Color negruzco.
Medidas: \varnothing máx. = 179 mm., \varnothing boca = 135 mm., alt. = 156 mm.
- F. Olla como la anterior. Color grisáceo.
Medidas: \varnothing máx. = 164 mm., \varnothing boca = 125 mm., alt. = 148 mm.



2. Tumba I, necropolis de Carralacena (Pesquera de Duero).

Finalmente, relacionamos una serie de recipientes cerámicos que, habiendo sido extraídos por los obreros, y tras comprobar que no casaban con vasos o fragmentos de ambos conjuntos, no es posible asimilar con seguridad a una u otra tumba. Descartamos que pudieran pertenecer a un tercer conjunto apoyándonos, como ya hemos indicado, en la esterilidad que ofrecía el corte fuera de las dos áreas señaladas.

- A. Cuenquecito fino de forma hemisférica, pintado en negro con tres líneas horizontales paralelas bajo el borde. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 99 mm., alt. = 54 mm.
- B. Cuenco fino pintado de perfil hemisférico, con borde ligeramente engrosado o moldurado. Presenta dos bandas horizontales negras. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 132 mm., alt. = 74 mm.
- C. Cuenco como el anterior. Color anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 126 mm., \varnothing boca = 115 mm., alt. = 79 mm.
- D. Olla de cerámica vulgar, con carena alta y borde vuelto contra la pared exterior. Color gris oscuro.
Medidas: \varnothing máx. = 167 mm. \varnothing boca = 127 mm., alt. = 122 mm.
- E. Olla como la anterior, aunque con el borde sin engrosar. Color negro.
Medidas: \varnothing máx. = 140 mm., \varnothing boca = 100 mm., alt. = 105 mm.
- F. Ollita como las anteriores. Color pardo/anaranjado.
Medidas: \varnothing máx. = 118 mm., \varnothing boca = 95 mm., alt. = 99 mm.
- G. Vasito carenado, de borde exvasado, en cerámica de imitación metálica, con superficie intensamente bruñida y color negruzco. Bajo el baquetón de la carena se observa decoración estampada de cazoletas circulares.
Medidas: \varnothing máx. = 149 mm.

2

Caracterización y estudio de los materiales.

Dada la gran homogeneidad de los elementos que constituyen los conjuntos cerámicos que consideramos, prescindiremos, cara a su caracterización y estudio, de dichas asociaciones sin perjuicio de que en algún momento sean valoradas.

Una somera aproximación nos permite diferenciar inicialmente tres grandes bloques de producciones cerámicas: las que denominamos *finas pintadas*, las *toscas o vulgares* y finalmente las *grises de imitación de vasos argénteos*, coincidiendo

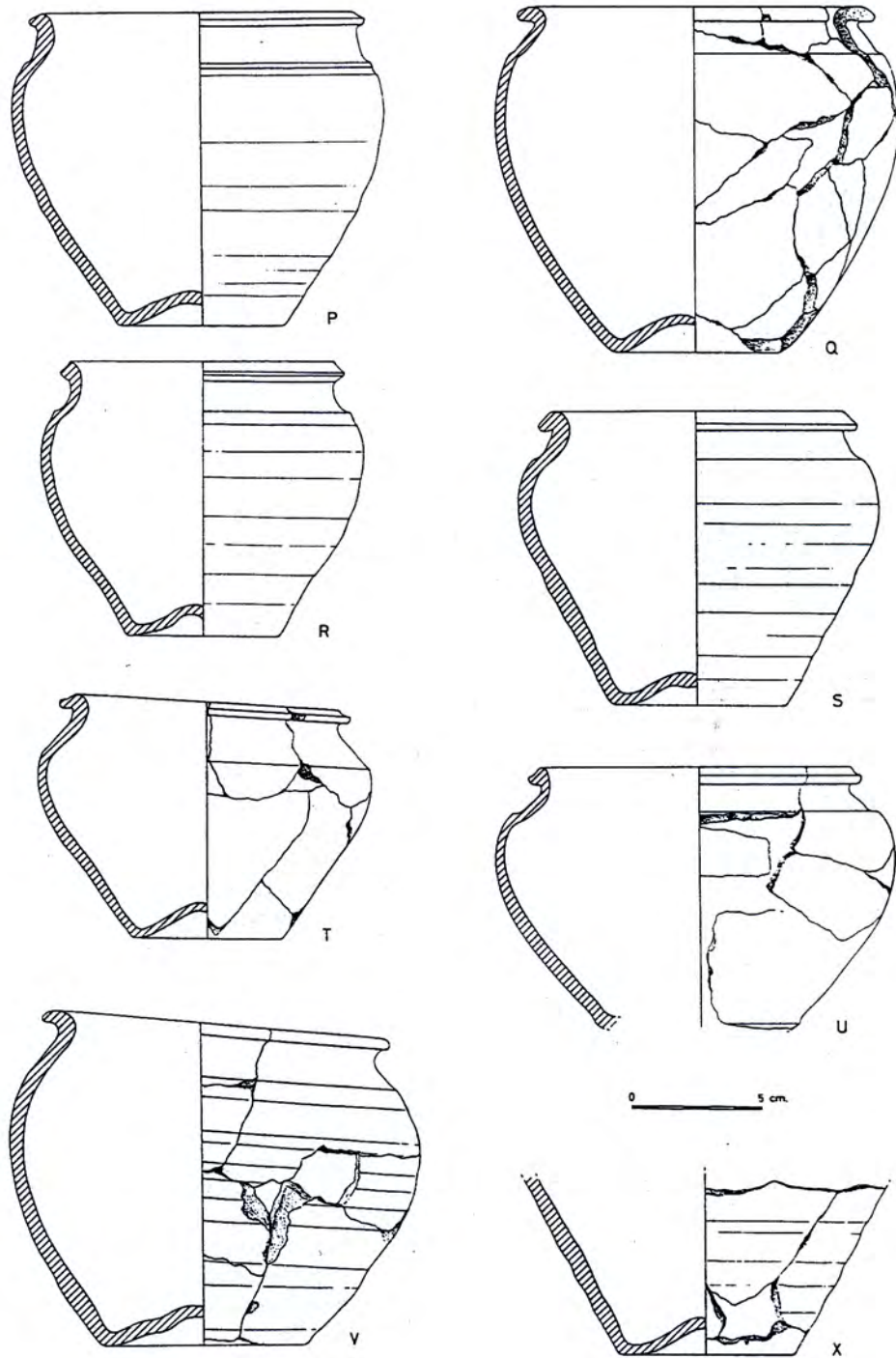
el orden de enunciado con su mayor o menor representación numérica. Efectivamente, en términos porcentuales, el 50 por 100 de los vasos corresponde a las cerámicas denominadas "celtíbericas" a las que, para evitar las implicaciones culturales del término, nos referiremos con el más aséptico de producciones *finas pintadas*. Le siguen en importancia, con un 36 por 100 de representación, las cerámicas *vulgares o toscas*, de superficies rugosas y cocciones normalmente reductoras. El 14 por 100 restante corresponde a unas producciones escasamente conocidas y aún infrecuentes en los contextos meseteños, aunque, sin embargo, bien caracterizadas por sus pastas grises y oscuras y superficie intensamente bruñida, cuya forma y decoración recuerda poderosamente a los vasos de plata típicos de la orfebrería meseteña, tal y como ya ha sido puesto de manifiesto (ESPARZA ARROYO, 1988: 263; DE CELIS, 1990: 473-474).

2.1. Cerámica fina pintada.

Constituye denominador común de estas producciones el empleo de pastas muy decantadas o tamizadas, sometidas a un proceso de cocción oxidante que les ha conferido una característica coloración anaranjada. En algunos casos (vasos B, G, H y K de la tumba 1) la presencia en el tercio inferior de una tonalidad rojiza, bien diferenciada de la anaranjada superior, podría estar en relación con el apilamiento de los mismos en el laboratorio de cocción, siendo pues las diferencias cromáticas consecuencia de una desigual exposición a la atmósfera del horno y por tanto una característica probablemente no buscada de forma deliberada por el artesano.

Una mirada más atenta, considerando de manera conjunta tamaño, forma y decoración, nos permite diferenciar tres grupos de recipientes: dos de ellos integrados por un sólo vaso y el tercero obviamente mucho más extenso al englobar a los restantes.

El vaso F de la tumba 1 constituye, por complejidad formal y decorativa, en contraposición a la simpleza sin paliativos de los restantes vasos de este grupo, y sobre todo por funcionalidad detentada, uno de los conjuntos unitarios. Estructuralmente se corresponde con la forma XXVII de la tipología de WATTENBERG GARCÍA (1978: 40-41 y 65-66), aunque probablemente por sus dimensiones encaje mejor en la forma XXVIII de tamaño más acorde con el nuestro. Ambos modelos se atestiguan en el nivel I de El Soto de Medinilla, presentando incluso alguno de sus ejemplares idéntica temática decorativa de entrelazados o "meandros con estilizaciones vegetales o de aves" según la interpretación de WATTENBERG (1959: 192, tabla V: 8), si bien en nuestro re-



3. Tumba 1, necrópolis de Carralaceña (Pesquera de Duero).

36 cipiente se observa una mayor precisión o entretenimiento en la ejecución pictórica, aunque sin llegar a alcanzar las altas cotas de virtuosismo y fantasía puestos en escena en el denominado “Vaso de los toros” de Numancia, con el que formalmente guarda el nuestro, aunque con proporciones más reducidas, cierta relación (WATTENBERG, 1963: lám. XX). Los contextos y paralelos señalados nos remiten a un momento tardío que rondaría los dos primeros tercios del siglo I a. C. (WATTENBERG GARCÍA, 1978: 40-41).

No obstante, consideraciones cronológicas aparte, merece destacarse de este vaso la presencia de un elemento de modelado secundario que creemos le otorga una singularidad y carácter excepcional como a ningún otro recipiente. Nos referimos a las dos asas verticales que se disponen de forma diametral entre la panza y el inicio del cuello, proyectando hacia el borde un apéndice cilíndrico rematado en un disco ligeramente cóncavo. Tal elemento-soporte creemos constituye un trasunto de los *kotiliskoi* o pequeñas vasijas adosadas a una principal de mayor tamaño que integran en conjunto los llamados *kernoi*, vasos culturales destinados a ritos religiosos y tal vez funerarios, cuya concepción estructural, sobre todo en el caso de algunos de los llamados modelos “hallstáticos” (BELTRÁN, 1962), parece coincidir con nuestro recipiente.

Aunque la cuna de estos vasos se localiza en el Mediterráneo Oriental, en momentos postmicénicos o del Bronce Final, la extensión temporal y geográfica, así como de los cultos a ellos ligados, se rastrea hasta época romana e incluso hasta momentos actuales si admitimos el *filum* de determinadas expresiones de la alfarería tradicional. El destino de estos recipientes vinculados al culto eleusíaco parece estar íntimamente ligado a las ofrendas de primicias o a ritos de banquetes fúnebres, cumpliendo pues unas funciones muy similares a las que detentaban las mesas sepulcrales (BELTRÁN, 1962: 24). Conviene recordar, en cualquier caso, que en áreas y espacios cronológicos, e incluso contextos, bien próximos al nuestro dichos *kernoi* encuentran representación. Tal es el caso de la pareja de tipo anular procedente de la necrópolis palentina de Eras del Bosque (BARRIL, 1990) o quizás del ejemplar de tipo Milo hallado en Numancia, al parecer utilizado como lucerna (WATTENBERG, 1963: tabla XI, 301).

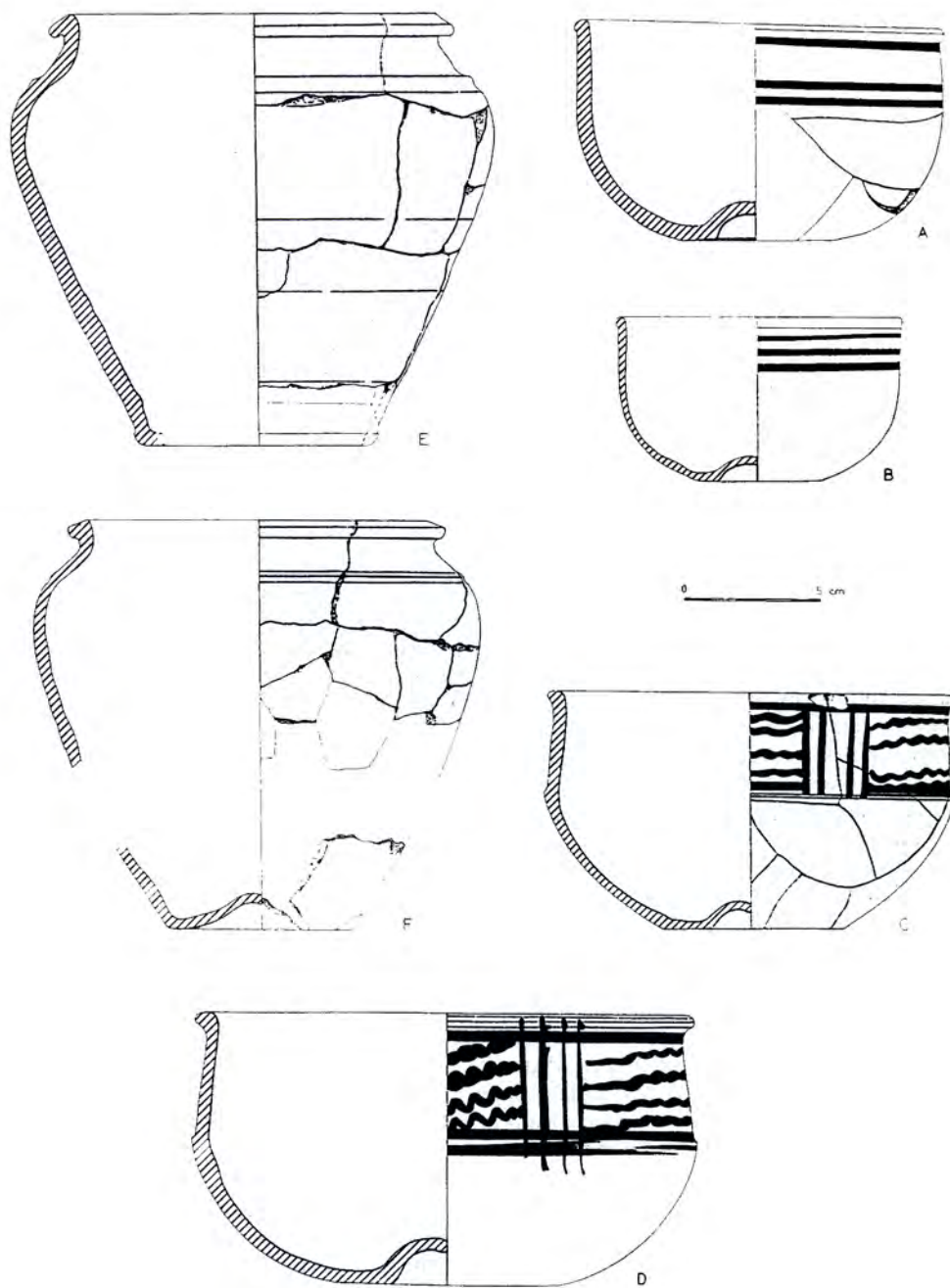
Sin embargo, con lo señalado hasta el presente no parece sean demasiados los argumentos para sostener la interpretación propuesta para el ejemplar de Pesquera. Una traba de tipo estructural podría argüirse por ejemplo ya que los *kernoi hallstáticos* normalmente presentan comunicados los *kotiliskoi* con el recipiente central, contrariamente a como sucede en el ejemplar vallisoletano. Existen entre aquéllos, sin embargo, variantes cuyas conexiones exiguas en exceso única-

mente parecen propiciar el paso de líquidos —caso de los capolinos de Cabezo de Monleón (BELTRÁN: 1962: 27)— u otros aún que carecen en absoluto de las mismas, en los cuales las cavidades citadas servirían para depositar vasitos que permitieran la realización de libaciones. Este último modelo es el que parece convenir mejor a nuestra pieza por el carácter macizo de sus portavasos.

Un segundo obstáculo se deriva de las negativas circunstancias en que se produjo el hallazgo de Pesquera, impidiendo en la práctica comprobar la existencia de tales vasitos de libaciones sobre estas asas soportes (probablemente realizaran esta función algunos de los cuencos más pequeños, o bien como veremos otros de imitación metálica). Los hallazgos de la vecina necrópolis de Las Ruedas, en Padilla de Duero, se manifiestan, sin embargo, de una manera muy explícita supliendo dichas deficiencias.

Efectivamente, las tumbas 45 y 50 de Las Ruedas presentan sin ningún género de duda vasos tanto torneados y pintados del estilo del ahora analizado, como elaborados a mano, con diminutos vasitos de libaciones “en conexión anatómica” si se nos permite la expresión, es decir, claramente articulados sobre las asas-soporte. En el caso de la tumba 45, el *kernos*, elaborado a mano y en muy mal estado de conservación, presentaba un solo vasito sobre una de las asas-soporte (Fig. 6: 1), no así el de la tumba 50 con sendos cuenquecitos bajos o catinos sobre ambas asas, uno de ellos con la base redondeada para adaptarse mejor al peculiar soporte (Fig. 6: 2).

Por otro lado no podemos soslayar el ambiente profundamente ritualizado, a cierta distancia de la mayoría de las demás tumbas, que proporcionan la contemplación y análisis de ambos conjuntos. Baste considerar, por ejemplo, que tres —entre ellos el *kernos*— de los cinco vasos compuestos aparecidos en la necrópolis hasta el presente, para los cuales no es posible pensar en destinos funcionales ordinarios, fueron hallados en la tumba 45 (SANZ, 1990: 168). En el caso de la tumba 50 junto a una serie de circunstancias o comportamientos coincidentes con el depósito de Carralaceña —como es el caso de que los *kernoi* sean los vasos de mayor tamaño a gran distancia de los numerosos vasos de ofrendas existentes, o que detenten una común localización en la parte más profunda del depósito, o se vinculen a ellos elementos metálicos diversos (en Carralaceña atestiguados únicamente a través de las manchas de herrumbre existentes en el exterior de esta vasija) cuando éstos lo hacen de forma casi exclusiva a los restos cinerarios—, nos encontramos además con el desarrollo de un banquete fúnebre atestiguado por la presencia de más de dos centenares de restos faunísticos —en Carralaceña se producen igualmente ofrendas de carne—, y sobre todo con un



4. Tumba 2, necropolis de Carralacena (Pesquera de Duero).

138 fuego ritual que afectó con mayor o menor intensidad en función de la situación concreta de cada elemento (salvo al *kernos* por hallarse en un pequeño pozo a más profundidad) y dejó su evidencia en forma de persistente pigmentación negruzca en los materiales arqueológicos y de rubefacción en la cara de apoyo con los ajuares de las piedras que sellaron el conjunto.

Parece pues que este tipo de vasijas fueron destinadas para contener líquidos y que los *kotiliskoi* más que elementos de vertido directo al receptáculo principal servirían de soporte a otros diminutos vasos, de tipología variada, empleados para efectuar las libaciones. Su vinculación a ambientes funerarios en Padilla de Duero, así como la similitud de las circunstancias de deposición y contenido de los conjuntos analizados hacen sospechar un procedimiento ritual establecido en alguna medida.

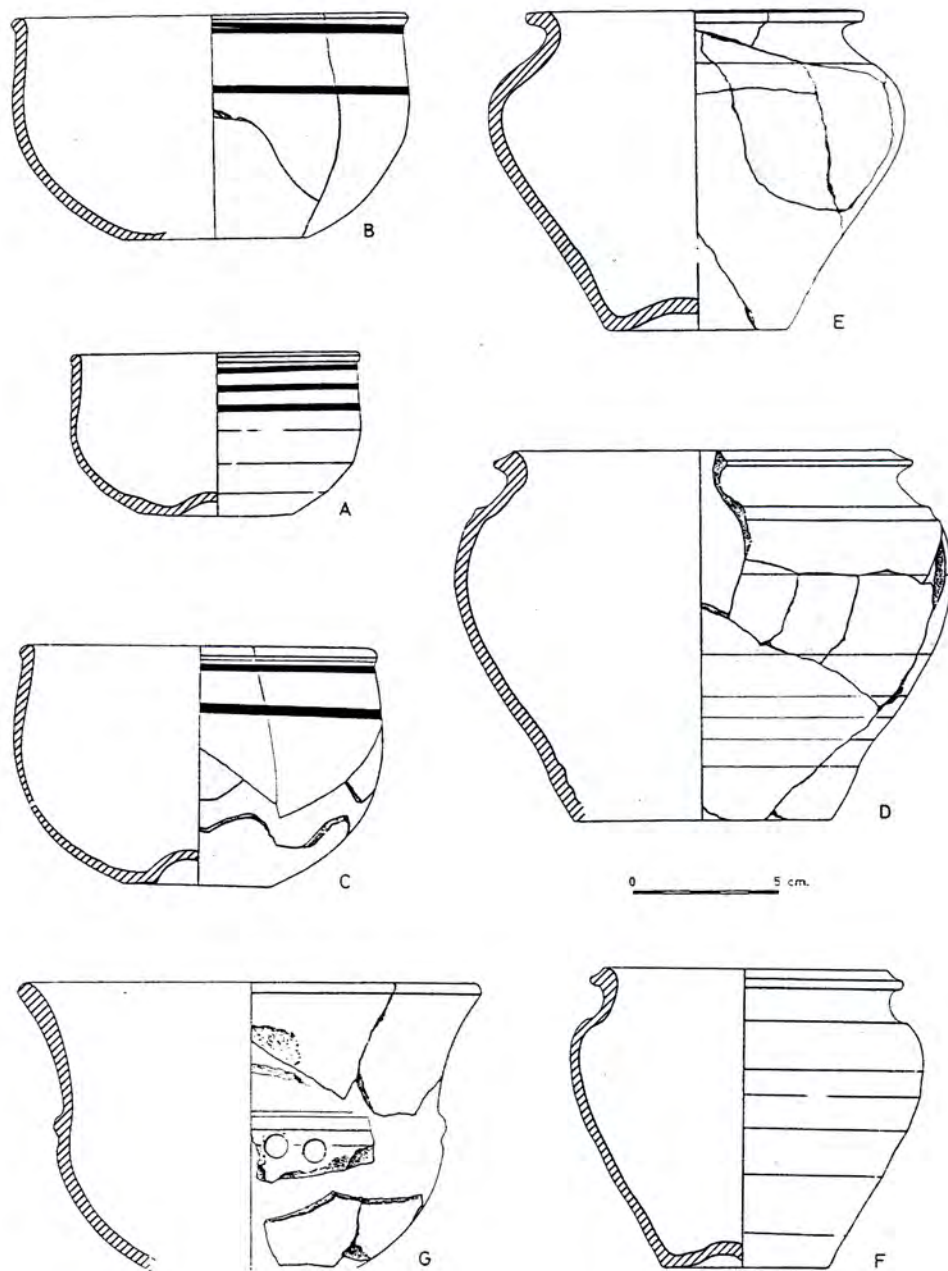
Finalmente, parece posible señalar cierta evolución formal en dichas asas-soporte, desde aquéllas que presentan una cazoleta hemisférica bien conformada, a las que van experimentando un aplanamiento de dicho receptáculo, hasta convertirse en un disco absolutamente plano. Entre los primeros podríamos señalar los *kernoi* de la tumba 45 de Las Ruedas** o un fragmento correspondiente al asa de otro ejemplar inédito hallado superficialmente en los Cenizales de Simancas que pudimos ver en el MAP de Valladolid, ambos en cerámica elaborada a mano, o, ya en cerámica torneada, el de la tumba 50 de Las Ruedas. Un paso intermedio representaría el ejemplar de Carralaceña, con los discos aún ligeramente cóncavos, para finalmente llegar a ejemplares como el de la tumba 56 de la necrópolis padillense (Fig. 6, 3), muy próximos formalmente a otros reconocidos en la necrópolis de Palenzuela, aunque sin asas, destinados a contener líquidos y vinculados a *sympulum* en ocasiones cerámicos (MARTÍN VALLS, 1990: 154 y 163, fig. 2, 1), lo que no deja de ser interesante. La presencia de estas asas de disco vinculadas a una de las dos copas celtibéricas halladas en La Custodia de Navarra, junto a un *cyathus* y un *sympulum* y un vasito campaniense que permite fechar el conjunto entre los siglos I-II a. C. (LABEAGA, 1985: 573-584), ratifica en alguna medida el vínculo de este elemento con vasos destinados a realizar libaciones, independientemente de que éstas fueran la expresión de cierto refinamiento social (MARTÍN VALLS, 1990: 166) o el trasfondo de ritos funerarios que, aunque mal conocidos aún, parecen convenir mejor a los ejemplares vallisoletanos.

El vasito D de la tumba 1 constituye otro de los subgrupos unitarios que consideramos dentro de las producciones finas pintadas. Decorativamente manifiesta clara dependencia del grupo mayoritario de cuencos y en concreto de los de menor tamaño con simples bandas horizontales; formalmente e incluso por el esmerado tratamiento de su superficie se relaciona con las cerámicas de imitación de vasos argénteos, por lo que remitimos a las consideraciones que podamos hacer en ambos grupos para la explicación de éste.

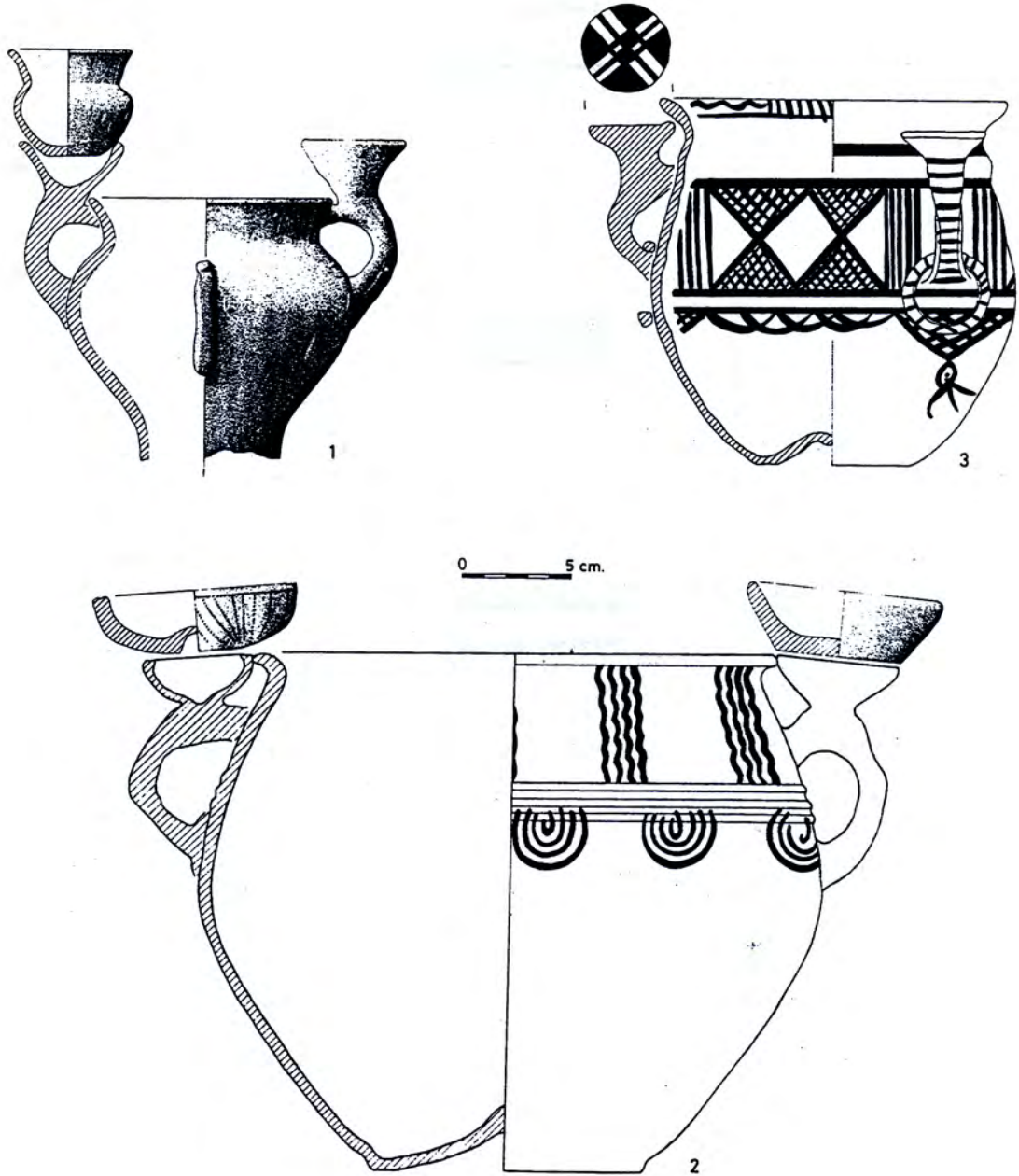
Finalmente, el tercer conjunto se halla integrado por piezas cuenquiformes. A nivel general se caracterizan por labios redondeados ligeramente engrosados al exterior y fondos con una zona externa plana y otra central resuelta en umbo. La consideración del tamaño, decoración y la matización de ciertas peculiaridades formales nos llevan a distinguir dos subgrupos. Por un lado aquéllos de menor tamaño cuyos diámetros se sitúan entre 10 y 14 cm., con perfiles hemisféricos y bordes verticales de labios engrosados al exterior que les confieren una falsa apariencia exvasada. Estos ejemplares muestran una sencilla decoración de bandas horizontales independientes o helicoidales en color negro.

Otros cuencos (B y H de la tumba 1, o C y D de la tumba 2) se individualizan por su mayor tamaño —entre 15 y 19 cm.— y aspectos formales puntuales. Así, con respecto a los anteriores introducen una liviana carena en el tercio superior, remarcada por una o dos molduras, que confiere cierta tendencia reentrante a los bordes. La decoración, ceñida a esta zona, constituye igualmente otro elemento diferenciador por su mayor grado de complejidad: líneas onduladas horizontales interrumpidas por grupos de otras verticales rectas en unos casos, en otros series de líneas oblicuas y paralelas de inclinación alterna. En este último caso complementada por una banda de arquillos que trasciende el marco habitual al situarse por debajo del baquetón inferior de la carena.

Finalmente el cuenco G de la tumba 1 muestra una mixtura de caracteres entre ambos subgrupos de cuencos, al detentar un perfil idéntico a los menores y presentar, por el contrario, unas dimensiones y decoración acordes con los de mayor tamaño. En este caso el ornato introduce novedades con un friso de SSS o patos esquemáticos entre dos gruesas bandas horizontales.



5. Sin atribución, necrópolis de Carralaceña (Pesquera de Duero).



6. Keroi de la necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero.

Ambos grupos de cuencos se paralelizan respectivamente con las formas XVIA y XVIII B de la tipología de WATTENBERG GARCÍA (1978: 58 a 61), alcanzando especial significación entre los materiales de la necrópolis de Tariego de Cerrato, alguno de los cuales son prácticamente idénticos a los nuestros (CASTRO y BLANCO, 1975: Lám. XXXV).

Convenimos con J. D. Sacristán que dichos materiales de Tariego, al igual que los nuestros, parecen corresponder a un momento de tránsito entre lo que él denomina el *Celtiberismo clásico* y el *tardío* (SACRISTÁN, 1986: 227, nota 13), y que por tanto cabría llevar a la época de los conflictos sertorianos. La presencia aún de bases umbilicadas parece ratificar este momento frente a contextos cerámicos como el proporcionado por la necrópolis uxamense de Fuentelaraña, donde los fondos planos o anulares bajos se hallan definitivamente implantados en recipientes que por lo demás en poco o nada desentonan de los nuestros, remitiéndonos a un momento de plenitud del siglo I a. C. (CAMPANO y SANZ, 1990: 72; GARCÍA MERINO, 1990: 127).

2.2. Cerámica común o vulgar.

Las cerámicas comunes o vulgares adquieren un 36 por 100 de representación en los conjuntos de Carralaceña. Estas producciones, de superficies rugosas y coloraciones preferentemente oscuras, muestran un alto grado de standarización formal, con bordes típicamente vueltos y pegados a la pared exterior, diámetro máximo desarrollado en el tercio superior y fondo en umbo bien conformado desde el mismo punto de apoyo de la base. Las dimensiones manifiestan asimismo una escasa variación, con valores en torno a los 12-18 cm. de diámetro máximo; únicamente cabe señalar el achatamiento de algunos vasos como T y U (tumba 1) o el D (sin atribución) consecuencia de un menor desarrollo en altura. Alguna diferencia de matiz puede observarse también en el trazado de los bordes, ya que frente a los más generalizados de perfil "cefálico", existen otros como el Q y V (tumba 1) o el E (sin atribución) vueltos pero distanciados de la pared, con mayor vuelo y labios redondeados. Estos últimos probablemente estén preludivando o acusando ya influencias de la cerámica común romana.

Se trata en definitiva de las cerámicas que, con escasa justificación, a nuestro entender, Sacristán bautizara como de tipo *Rauda A* (SACRISTÁN, 1986: 198-199), cuya amplia dispersión geográfica y perduración tipológica explicaría en buena medida la escasa atención de que tradicionalmente han sido objeto.

Se ha señalado su vinculación a ambientes domésticos o de cocina (SACRISTÁN, 1986: 194-200), así como su gran versatilidad funcional, dada su alta frecuencia de aparición y variedad de tamaños en los cenizales de La Colegiata de Castrojez (ABÁSULO, RUIZ y PÉREZ, 1983: 303).

Los hallazgos realizados hasta el presente en Padilla de Duero, por su parte, permiten apuntar algunos datos de interés sobre la vigencia y uso dados a estas cerámicas. En el poblado de Las Quintanas junto a ejemplares de tamaño medio/pequeño (prodigados igualmente en ambas necrópolis de Carralaceña y Las Ruedas, donde nunca superan los 20 cm. de diámetro máximo), concurren otros de tamaño superior, aunque sin llegar a alcanzar las grandes dimensiones de algunos recipientes de almacenaje de cerámica fina pintada con los que conviven. Se trataría, pues, en los contextos habitacionales de un modelo de tamaño pequeño o medio más apto para el procesado de alimentos que para su almacenaje. En los contextos funerarios, sin embargo, nos encontramos exclusivamente con vasos de dimensiones reducidas que nunca superan los 20 cm. Sabemos que a partir de un determinado momento suplantaron en su función a las tradicionales urnas cinerarias elaboradas a mano (SANZ, 1990: 163, fig. 3), no faltando aquéllos conjuntos en los que concurren como simples vasos de ofrendas. La circunstancia de que hayan servido para albergar ofrendas faunísticas, caso de algunos ejemplares de la tumba 1 de Carralaceña, apenas si adquiere representación (en una sólo tumba) en la vecina necrópolis de Las Ruedas.

Así pues, la extensión de estas cerámicas a todos los ambientes celtibéricos del yacimiento (cenizales, poblado, necrópolis o alfares) se muestra en perfecta consonancia con su carácter vulgar o común y eminentemente utilitario, lo que tiene asimismo una estrecha relación con su temprana aparición vinculada a los primeros tornos de la zona y rápida sustitución por los primeros tipos netamente romanos.

Efectivamente, el marco cronológico de las mismas parece ser muy extenso y con escasas variaciones. En Las Ruedas se documentan ejemplares asociados a ajuares datados hacia la segunda mitad del siglo IV a. C.; en Las Quintanas sabemos que estaban en uso en época sertoriana. En los alfares de Carralaceña la datación por paleomagnetismo proporciona para las producciones más recientes, entre las que se incluyen dichas cerámicas vulgares, una cronología del cambio de Era ± 50 años. En cualquier caso frente a lo que parece una dilatada vida, cabe hablar de una desaparición, o mejor de una sustitución, rápida —contrariamente a la notable perduración de otros productos indígenas como la vajilla fina pintada— por otras cerámicas de funcionalidad y apariencia similar pero

12. que por sus caracteres específicos (bases planas, bordes vueltos pero no pegados a la pared, frecuentemente con vuelo u orientación vertical, labios redondeados, e incluso las propias pastas) podríamos considerar ya de tipología plenamente romana. Es significativo de cuanto indicamos que a partir de época augustea en las tumbas de la necrópolis de Las Ruedas desaparezcan en absoluto aquéllas en beneficio de estas últimas.

2.3. Cerámica gris de imitación de vasos argénteos.

En último lugar abordamos el grupo de piezas que alcanza menor representación en los depósitos de Carralaceña. Se trata de producciones, al igual que el resto, elaboradas a torno, de coloración negra o gris muy uniforme, con superficies intensamente bruñidas de aspecto céreo, que presentan preferentemente perfiles carenados, borde exvasado o tendentes al abocinamiento y fondos perfectamente umbilicados, desarrollando una decoración incisa o estampada ceñida al área de la carena. Su tamaño se puede calificar de mediano, con un diámetro máximo en torno a los 15-20 cm.

No creemos equivocarnos al señalar al prof. Esparza como pionero en el aislamiento y definición de este tipo cerámico a partir de algunos escasos testimonios de La Mesa de Miranda o El Viso de Bamba, considerándoles claramente deudores de vasos argénteos característicos de los tesoros peninsulares de los siglos II-I a. C. (ESPARZA, 1986: 263).

CELIS (1990: 473-474 y 489, Fig. 9, 5-12) vuelve con cierta intensidad sobre estas cerámicas a propósito de un lote recogido superficialmente en uno de los cenizales de la *Dehesa de Morales* de Fuentes de Ropel. Señala hallazgos, al margen de los citados por Esparza, en *Gorrita, La Ciudad de Paredes de Nava*, o Pinilla Trasmonte, a los que ahora tendríamos que añadir estos de Pesquera que, junto con uno de la necrópolis de Tariego de Cerrato (CASTRO y BLANCO, 1975: 132-133, Lám. XXXIX, 15), pasan por ser los únicos ejemplares completos conocidos hasta el momento. Asimismo el tipo parece alcanzar representación en Segovia capital (MOLINERO, 1971: Lám. CXV, Fig. 1, 5-1), y con toda seguridad en Palencia capital donde, con ocasión de la revisión del tesoro de Las Filipenses por el prof. Delibes al que acompañábamos, pudimos contemplar un fragmento inédito de esta tipología junto a los dos recipientes publicados por RADDATZ (1969: 237, Fig. 16) asociados a dicha ocultación.

No obstante, si la filiación con los modelos metálicos resulta clara, no es menos cierto, como ya indica Celis, que estos recipientes acusan influencias de producciones netamente

cerámicas del círculo de Cogotas II. Cabe pensar tanto en algunas cerámicas torneadas grises de tratamiento frecuentemente bruñido, decoradas con estampaciones, bien representadas en el área vettona, con proyecciones sobre todo meridionales [en la Carpetania: BLASCO y ALONSO, 1985: 93-107; y en Extremadura: RODRÍGUEZ y ENRÍQUEZ (en prensa)], como sobre todo en las cerámicas decoradas con peine, especialmente aquéllas evolucionadas de mayor barroquismo distribuidas preferentemente hasta el valle del Duero y por tanto con un marco geográfico coincidente con el de las cerámicas, entre las que resulta frecuente el empleo de varias abollonaduras alargadas en el tercio inferior.

El contexto, sin embargo, fundamentalmente tardío de los vasos de imitación metálica y la preferencia por determinados caracteres —tratamiento de superficies, color o motivos decorativos señalados— nos llevan a plantear, con más intuición que fundamento, que tales productos recogen en alguna medida —eso sí, adaptados al por entonces ya impositivo procedimiento pseudoindustrializado del torno alfarero— la herencia estética de aquéllas especies peinadas desaparecidas ya en estos momentos.

En cualquier caso parece que la adaptación o capacidad de síntesis de estos productos fue grande por cuanto se detectan otras trayectorias formales más en consonancia con las cerámicas finas pintadas, caso de algunas jarras de pico o cuencos inéditos de la vecina necrópolis de Las Ruedas de Padilla de Duero. También se documentan aquí algunas formas de paredes muy verticales como las que señala CELIS (1990: 473), con una moldura inmediatamente bajo el borde, además de las consabidas en la zona de la carena, aquí más baja, que nos remiten de nuevo a otros vasos argénteos de mayor barroquismo próximos a algunos del tesoro de Tivisa (RADDATZ, 1969: Lám. 71, 4 y 6).

En definitiva, parece que nos encontramos con un tipo de producción cerámica que aglutina influencias muy dispares en un momento que desde el punto de vista de la cultura material —transfondo de otros aspectos sociales y económicos de capital importancia— puede considerarse crítico, con la definitiva desaparición de los productos elaborados a mano —estamos pensando ahora en el Duero Medio— y el desarrollo de un proceso adaptativo que dará lugar a los conjuntos denominados por Sacristán *tardoceltibéricos*.

Sorprende con todo, la amplia dispersión que llegó a alcanzar el tipo pese a lo que a todas luces parece indicar fue una corta vida del mismo. Efectivamente en las provincias de Ávila, Zamora, Valladolid, Palencia, Burgos y Segovia, sabemos de su presencia, atestiguada sin embargo con testimonios casi siempre mínimos. Incluso los hallazgos superficiales de la

Mesa de Miranda —por más que la consulta directa del material permitiera asimilar otros fragmentos menos típicos que el señalado por ESPARZA (CABRÉ, CABRÉ y MOLINERO, 1950: Lám. XIX)— cuantitativamente resultan pocos para un yacimiento que ha sido intensamente excavado, siendo significativa la ausencia de los mismos entre sus conjuntos funerarios.

Creemos pues, que el desconocimiento del tipo es, en buena medida, consecuencia de la escasa proyección temporal que alcanzó. No resulta, sin embargo, sencillo establecer el período de vigencia, inicio y fin, de esta producción. Las pocas referencias de que disponemos giran de forma insistente en torno a los conflictos sertorianos. A este momento exacto nos remite el fragmento asociado al tesoro palentino de Las Filipenses. El vaso completo de Tariego, al igual que los de Carralaceña, en función del ambiente que proporcionan en ambos casos las producciones pintadas asociadas, cabría llevarlo a momentos previos a la implantación de los productos tardoceltibéricos, es decir con anterioridad a la mitad del siglo I a. C. (SACRISTÁN, 1986: 225).

Otros yacimientos proporcionan simplemente una referencia *ante quem* para estos materiales al establecerse su deshabitación definitiva como consecuencia de dichos conflictos. Tal es el caso de Pinilla de Trasmonte (la presencia del tipo en CELIS, 1990: 474, nota 40; sobre la cronología del yacimiento MOREDA y NUÑO, 1990: 179). En el caso de la Mesa de Miranda el abandono se hacía coincidir hace algún tiempo con el fin del siglo III a. C. (CABRÉ, CABRÉ y MOLINERO, 1950: 204), posteriormente con las campañas de Postumio del 179 a. C. (WATTENBERG, 1959: 177) y las de Viriato del 155 a. C. (MARTÍN VALLS, 1985: 129), utilizándose en todos los casos como argumento la negación de hallazgos romanos. Recientemente se ha valorado que el proceso de abandono de los seculares centros castreños abulenses pudiera haberse producido en beneficio de un nuevo asentamiento en la propia ciudad de Ávila, el cual experimenta su mayor esplendor hacia la mitad del siglo I a. C. (MARTÍN VALLS y ESPARZA, en prensa). Tal vez los escasos fragmentos superficiales de cerámica de imitación metálica de la Mesa de Miranda sean los débiles testigos de una ocupación humana que, en los inicios del siglo I a. C., se hallaba definitivamente en trance de desaparecer. En cualquier caso tampoco existirían graves inconvenientes para asumir que aquéllos correspondieran a los comedios del siglo II a. C., toda vez que imitan modelos metálicos vigentes a lo largo de los siglos II-I a. C.

Para la zona del valle medio del Duero contamos, finalmente, con algunos otros datos significativos. Dentro de la estratigrafía horizontal definida para la necrópolis de Las Ruedas (SANZ, 1990), las cerámicas que ahora analizamos,

aunque no aparecieron en ningún caso asociadas a tumbas intactas, sí manifestaron una agrupación característica y coincidente con la de otros cuencos finos pintados exactamente iguales a los documentados en los depósitos de Carralaceña, entre los que no faltaban algunos recipientes bicromos e incluso policromos. Asimismo se hace necesario señalar la relativa importancia cuantitativa que el tipo alcanzó en el yacimiento vallisoletano, contabilizándose hasta el presente en torno a una veintena de vasos, lo que, unido a ciertos indicios, aún débiles, de tales producciones en los hornos de Carralaceña, nos permite sospechar que el modelo se produjera, al menos, aquí. Tal hipótesis cobra sentido, por un lado en el hondo arraigo y transformación que las cerámicas a peine barrocas experimentaron en la zona del valle medio del Duero (la creación de un “estilo de peine impreso” para el área ya ha sido señalada: SANZ, 1985: 107-120; BARRIO, 1989), toda vez que admitamos que éstas tuvieron una decisiva influencia en la conformación de los vasos de imitación argétea. Por otro lado, el desarrollo del centro alfarero de Carralaceña parece coincidir, por lo que sabemos hasta el presente, con un momento tardío próximo a las fechas que venimos valorando, sancionado tanto por dataciones paleomagnéticas como por un ambiente material en el que se niegan en absoluto los hallazgos de cerámica hecha a mano.

Finalmente, parece adecuado concluir señalando la singularidad de estos modelos que sin duda debieron de gozar de cierto carácter lujoso e incluso tal vez simbólico. Su esmerado tratamiento, así como su escaso número en contextos generales y en particular en el depósito de Carralaceña, parecen indicar lo primero. En cuanto a la simbología ¿cabe pensar que estos modelos cerámicos estén imitando aspectos no exclusivamente formales, sino también de contenido ideológico?, o dicho de otra manera, el valor conceptual asignado a vasitos de plata como el del tesoro de Arrabalde, que formaría equipo con el *sympulum* aquí aparecido en determinados rituales ¿se mantendría o sería extrapolable igualmente a las cerámicas que les imitan? Parece posible pensar que sí. Recordemos que algo similar ocurre con los *sympula* que Martín Valls incluye en su tipo III, la variante A metálicos como el de Arrabalde, y la variante B realizados en barro con abundante representación en Palenzuela, con igual orientación funcional que aquéllos y, es más, claramente asociados a otros elementos que llevan al autor a hablar de conjuntos simbólicos de ofrendas standard (MARTÍN VALLS, 1990: 153 y 166). Recordemos, por otro lado, la estrecha vinculación de los vasitos de imitación argétea de Carralaceña al *kernos* descrito para la tumba I —éste y uno de aquéllos con restos de herrumbre en sus paredes externas—, lo que probablemente

144 significara un empleo conjunto en las ceremonias funerarias atestiguadas.

En última instancia, y trascendiendo el marco cultural hasta ahora observado, tal vez cabría apuntar para subrayar el carácter simbólico/cultural de estos recipientes, la reiterada y significativa incidencia que los llamados "vasos caliciformes", de perfil análogo a los nuestros, alcanzan en yacimientos tan singulares como las cuevas santuario ibéricas, donde parece pudieran haberse empleado como vasos de libaciones (MARTÍ BONAFÉ, 1990: 157, quien recoge bibliografía abundante al respecto).

3

Valoración del hallazgo en el contexto general del yacimiento.

Pese a la carencia de los restos óseos cremados de los difuntos, no cabe duda del carácter funerario de estos depósitos. Esta tendencia a la pérdida de muestra ósea como evolución tardía del ritual funerario se encuentra perfectamente contrastada en yacimientos como Las Ruedas (SANZ, 1990: 164; ROMERO y SANZ, 1990: 167), o Eras del Bosque (TARACENA, 1948: 145); por su parte en Palenzuela se ha apuntado como carácter evolucionado del ritual la pérdida de urnas cinerarias (MARTÍN VALLS, 1989: 82) que quizás cupiera identificar como una cierta despreocupación por la preservación de los restos cremados que a la postre llevaría a su total desaparición.

En qué momento y por qué motivos se originó, qué sector de la población se encuentra allí representado, son algunos de los interrogantes que nos plantea la presencia de la nueva necrópolis.

Es necesario destacar el carácter sincrónico que ambos cementerios, el de Carralaceña y el de Las Ruedas, tuvieron al menos durante un tramo de sus respectivos desarrollos, por más que el último parece gozó de una mayor amplitud temporal. La comparación de los niveles de relleno de dichas necrópolis demuestra una naturaleza y formación muy dispar. Mientras en Las Ruedas el uso secular del enclave ha creado, como consecuencia de la destrucción de numerosos conjuntos, un sustrato pródigo en evidencias arqueológicas, la limpieza de los niveles de gravas en los que se insertaban los dos conjuntos de Carralaceña sólo puede indicar dos hechos: que nos encontramos en una zona muy marginal de la necrópolis o, lo que consideramos más probable dada la negación de hallazgos en superficie para esta zona del yacimiento, que la misma fue utilizada de forma escasa y puntual, tratándose,

pues, de una fundación *ex novo* correspondiente a un momento tardío que, a través del estudio de los materiales, convenimos en situar en los inicios del siglo I a. C.

Más difícil de responder nos parecen las otras cuestiones. Si el cementerio es un marco sacralizado, donde se desarrolla un culto a los antepasados que tiene su expresión en la presencia de áreas específicas de enterramiento según status o grado de parentesco, o en la inclusión de elementos externos de identificación tales como estelas calizas o empedrados (aspectos contrastados en Las Ruedas: SANZ, 1990: 170), no deja de sorprender este desgajamiento de un sector de la población que en un determinado momento se hace enterrar en una zona separada, por dos kilómetros de distancia y un curso fluvial, del cementerio tradicional.

Poseemos aún un conocimiento muy escaso de las pautas de evolución de los hábitats del territorio vacceo y más aún de sus habitualmente ignoradas necrópolis. La ciudad de Uxama, aunque ya en área arévaca, parece proporcionarnos, por su proximidad geográfica, cultural y cronológica, un paralelismo adecuado a la circunstancia descrita. Efectivamente, dicha ciudad cuenta igualmente con dos cementerios separados entre sí por kilómetro y medio lineal (en la práctica algo más por la accidentada orografía del terreno): el de Portuguí al Sur del hábitat, de mayor antigüedad, excavado a principios de siglo por Morenas de Tejada, y el septentrional de Fuentelaraña, más moderno, conocido recientemente tras su expolio por excavadores clandestinos, ambos coetáneos en algún momento (GARCÍA MERINO, 1987: 83, Fig. 1). Esta dualidad de ambientes funerarios se ha explicado como consecuencia de un aumento demográfico, contrastado también por la ampliación del hábitat hacia el Norte en un momento tardío, motivado por posibles aportes de población tras las guerras numantinas (GARCÍA MERINO, 1987: 77).

De admitir la hipótesis de la llegada de grupos humanos nuevos al área de Carralaceña, no sería necesario hablar de desgajamiento respecto de la necrópolis tradicional, sino simplemente de cierta independencia extensiva a otros contextos. Sin embargo, existen algunos datos, por escasos que aún sean, que nos inclinan por otras interpretaciones. Carralaceña en su conjunto parece ofrecer un desarrollo de baja época celtibérica, con algunas cerámicas realizadas a mano no excesivamente abundantes (MAÑANES, 1977: 265-268, Fig. 3) y predominio absoluto de cerámicas torneadas (PALOL, FONTANEDA y RECIO, 1963: 307-309, Fig. 3-5), sin que apenas alcancemos a ver productos que evidencien mixturas con los tipos romanos —bases planas, determinadas decoraciones, etc.— o producciones específicamente romanas. Es decir, parece que el desarrollo de este barrio se inició tar-

díamente y se truncó con prontitud. Por otro lado, la escasa entidad habitacional de la terraza superior sita entre los alfares y la nueva necrópolis —por contraposición al espectacular entramado urbanístico que está proporcionando Las Quintanas tras los reconocimientos aéreos— y asimismo la generalización aquí de las zonas de cenizales —contrastados desde el aire y a través de cortes como los realizados en esta ocasión por la Confederación Hidrográfica del Duero—, creemos están señalando unidireccionalmente la importancia desempeñada por los alfares de Carralaceña. En efecto, aún a falta de poder contrastar esta hipótesis con sondeos estratigráficos, creemos que la génesis del barrio de Carralaceña se produce con una orientación muy concreta: evitar los peligros derivados de actividades relacionadas con el fuego. De esta manera, un sector de Las Quintanas se habría segregado a la orilla contraria en un momento en el que la intensidad de las producciones alfareras, con planteamientos que parecen trascender lo local según los datos que hasta ahora tenemos, significaba inconvenientes y riesgos de cierto calibre.

Este patrón de comportamiento en el que poblados y áreas artesanales aparecen perfectamente disociados, se confirma de forma fidedigna en Roa, con idéntico reparto pero en orillas contrarias con respecto a las posiciones detentadas por unos y otros en Padilla/Pesquera (SACRISTÁN, 1986: Fig. 3, 155); para ciertas excavaciones recientes de El Soto de Medinilla celtibérico dicha separación se ha planteado igualmente (ESCUDERO, 1988: 41); y quizás también en la propia Uxama, donde curiosamente junto a la necrópolis de Portugui, en las inmediaciones del río Ucero, se señalan instalaciones artesanales, aunque desconocemos de que naturaleza y características (GARCÍA MERINO, 1987: Fig. 1).

Finalmente la propia constitución de los depósitos funerarios de Carralaceña, con la espectacular riqueza cerámica de que hacen gala, podrían quizás estar informándonos una vez más del carácter artesano de los individuos allí representados. La realización del análisis del tipo de los iniciados por Sacristán en Roa (BACHILLER y SACRISTÁN, 1989), tomando como base las huellas digitales que presentan algunas cerámicas o pellas de barro, cara a la identificación sexual y cuantitativa de los artesanos partícipes en estas actividades, arrojará en un futuro, sin duda, interesantes datos. Para entonces será igualmente posible determinar si la actividad estaba en manos femeninas o masculinas, y por tanto si conjuntos funerarios como éstos de Carralaceña, cuya constitución mayoritariamente cerámica parece guardar relación con ajuares estándar de mujeres (así parece suceder en Las Ruedas: SANZ, 1990: 165) están representando o no directamente a este sector especializado.

En cualquier caso, no cabe duda que al menos la tumba 1 de Carralaceña, con 23 vasos —algunos de ellos tan singulares como el *kernos* o los grises de imitación metálica que refrendan rituales funerarios complejos—, y ofrendas de ovicápridos y bóvidos (véase Apéndice) —particularmente el sacrificio de este último posee una especial significación (RUIZ GÁLVEZ, 1985-86: 93)—, atestigua una situación preeminente para el individuo representado, así como indirectamente, de aceptarse el vínculo de éste con el sector artesanal alfarero, el éxito e implantación de que llegaron a gozar estas cerámicas que, por otro lado, creemos constituyen las últimas producciones genuinamente vacceas previas al fenómeno de mixtura o mestizaje que se ha dado en denominar *tardoceltiberismo*, cuya dilatada perduración, alejándose cada vez más de su esencia, nos llevan, a partir de un determinado momento, a hablar con mayor agrado de *cerámica romana de tradición indígena*.

INFORME ZOOARQUEOLÓGICO DE LAS OFRENDAS
FAUNÍSTICAS RECUPERADAS EN LA NECRÓPOLIS
CELTIBÉRICA DE CARRALACENA,
PESQUERA DE DUERO (VALLADOLID)

J. C. BELLVER GARRIDO

146 * Nuestro agradecimiento a Mercedes González Puertas, África Cuadrado Basas y Antonio Bellido Blanco, alumnos de la Especialidad de Prehistoria-Arqueología, así como a Jesús María del Val Recio, Arqueólogo de la Dirección General de Patrimonio Cultural, de la Junta de Castilla y León, por su participación e incondicional ayuda en estos trabajos.

** No queremos dejar de citar, a falta de profundizar más en el tema, la gran proximidad formal que muestra con este *kerros* un ejemplar incompleto de la necrópolis prerromana de Bodarp en Suecia meridional (BELTRÁN, 1962: Lám. XII-XIII) y señalar al respecto la posibilidad de que en materia de ritos y creencias se produzcan transmisiones a tan amplia escala. Baste señalar al respecto que las representaciones zoomorfas en la llamada *perspectiva cenital* que se encuentran en el fondo del caldero de Gundestrup (BRONSTED, 1963: 80-81), próximo cronológicamente y espacialmente *grasso modo* al *kerros* sueco, adquieren asimismo representación en la Meseta Norte y muy particularmente en Padilla de Duero (ROMERO y SANZ, en prensa).

El material recogido en excavación presenta un deterioro considerable. De los 47 restos analizados quedan numerosas esquirlas y trozos de hueso que, sin duda, pertenecen a los taxones identificados.

Como quiera que las piezas aparecieron en el interior de dos vasos, pero en una misma tumba, no vamos a referirnos a individuos como tales, sino en concreto a las partes que fueron depositadas en ellos y que, por los datos, debieron pertenecer a un mismo animal. En el primero apreciamos dos vértebras torácicas de vaca, contiguas, sin las cabezas vertebrales fusionadas, lo que indica un individuo de menos de 5 años. También vemos un fragmento distal de hueso largo sin la epífisis. En el segundo recipiente contabilizamos 6 vértebras lumbares de ovicaprino y 6 fragmentos de costillas de un animal de, al menos, 4 años.

Como consecuencia del mal estado del enterramiento se encontraron en el nivel fértil 32 huesos de ovicaprino y de vacuno. De la primera especie son 5 costillas en 17 fragmentos, 6 vértebras, 3 dorsales y 3 lumbares todas ellas consecutivas en la columna vertebral, parte de un pequeño coxal y un húmero medio distal con un ancho en la epífisis de 25 mm. De la segunda hallamos una cabeza escapular cuya longitud es de 45,3 mm.

Indicar la existencia de huellas de cortes tanto de descarnamiento en el caso del coxal de bovino, como de descuartizamiento en una de las citadas vértebras dorsales de la misma especie. Esto puede verse también en una apófisis espinal de vacuno cortada transversalmente.

Queremos insistir finalmente en dos factores a tener en cuenta: que la mayoría de las vértebras de oveja-cabra forman series continuas, lo que significa proceden del mismo raquis, y que las dos especies presentes están representadas por los mismos taxones, es decir, huesos vertebrales.

- ABÁSOLO, J. A.; RUIZ VÉLEZ, I. y PÉREZ, F. (1983): "Castrojeriz I: El vertedero de la Colegiata". *N. A. Hisp.*, 17: 191-318.
- BACHILLER BAEZA, A. y SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1989): "Estudio de las huellas dactilares del poblado celtibérico de Roa de Duero (Burgos)", *Primera Reunión Nacional de la Asociación Española de Paleopatología*, Logroño, 1988, Logroño: 35-37.
- BARRIL VICENTE, M. (1990): "Dos imitaciones de kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, tomo I: Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, Palencia, 1989: 327-345.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1962): "Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo de Monleón. I. La planta. II. Los kernoi", *Caesaraugusta*, 19-20: 21-36.
- BLASCO BOSQUED, M. C. y ALONSO SÁNCHEZ, M. A. (1985): *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid*, Excavaciones Arqueológicas en España, 143.
- BRØNDSTED, J. (1963): *Nordische Vorzeit*, Band 3. Eisenzeit in Dänemark. Meumünster.
- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ HERREROS, M. E. y MOLINERO PÉREZ, A. (1950): *El Castro y la necrópolis del Hierro celtico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, Acta Arqueológica Hispana, V.
- CAMPANO LORENZO, A. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): "La necrópolis celtibérica de Fuentelaraña, Osma (Soria)", *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988, Zaragoza: 65-73.
- CASTRO GARCÍA, L. y BLANCO, R. (1975): "El Castro de Tariego de Cerrato (Palencia)", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 35: 55-139.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1990): "Apuntes para el estudio de la secuencia ocupacional de la Dehesa de Morales, Fuentes de Ropel, Zamora", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo 2: 467-495.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. (1988): "El Soto de Medinilla. Cultura Celtibérica", *Revista de Arqueología*, 89: 32-41.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora.
- GARCÍA MERINO, C. (1987): "Desarrollo urbano y promoción política de Uxama Argaela", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LIII: 73-114.
- GARCÍA MERINO, C. (1990): "Algunas consideraciones sobre la cerámica celtibérica pintada de época imperial: el caso de Uxama", *Archivo Español de Arqueología*, 63: 115-135.
- LABEAGA, J. C. (1985): "Copas de pie alto en La Custodia, Viana (Navarra)", *XVII CNArg.*, Logroño, 1983, Zaragoza: 573-581.
- MAÑANES PÉREZ, T. (1977): "Nuevos yacimientos arqueológicos en la provincia de Valladolid", *Archivos Leoneses*, 62: 265-268.
- MARTÍ BONAFÉ, M. A. (1990): "Las Cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villargordo del Gabriel. Valencia", *Sagvntvm*, 23: 141-182.
- MARTÍN VALLS, R. (1985): "Segunda Edad del Hierro. Las Culturas prerromanas", en DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J.; ROMERO, R. y MARTÍN, R., *La prehistoria del Valle del Duero, Historia de Castilla y León*, vol. I, Valladolid: 104-131.
- (1989): "La Segunda Edad del Hierro: Consideraciones sobre su periodización", *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- (1990): "Los *simpula* celtibéricos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI: 144-169.
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. (en prensa): "Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica", reunión sobre *Paleoetnología en la Península Ibérica. Etnogeografía*, Madrid, diciembre 1989.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1972): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1954) al Museo de Segovia*, Excavaciones Arqueológicas en España, 72.
- MOREDA BLANCO, J. y NUÑO GONZÁLEZ, J. (1990): "Avance al estudio de la necrópolis de la Edad del Hierro de El Pradillo, Pinilla Trasmonte (Burgos)", *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988, Zaragoza: 171-181.
- PALOL, P. DE; FONTANEDA, E. y RECIO, A. (1969): "Nuevos hallazgos arqueológicos de la región de Valladolid (III)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIV-XXXV: 289-312.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinseln*, Madrider Forschungen, 5. Berlín.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (en prensa): "Necrópolis protohistóricas en Extremadura", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, Madrid, 1991.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (en prensa), "Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica", *II Symposium de arqueología soriana*, Soria, 1989.
- ROMERO CARNICERO, M.V. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): "Sepulturas romanas de incineración en la provincia de Valladolid: los depósitos de Padilla de Duero y Simancas", *Numantia*, III: 165-174.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. L. (1985-86): "El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la Arqueología Social. Una propuesta para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro", *Kalathos*, 5-6: 71-106.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): "Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988, Zaragoza: 159-170.
- SANZ MÍNGUEZ, C. et alii (1989): *Padilla de Duero: Investigaciones arqueológicas 1985-1989*, Valladolid.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1948): "La necrópolis romana de Palencia", *Archivo Español de Arqueología*, XXI: 144-164.
- WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el Valle Inferior del Pisuerga*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 3.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1959): *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, II, Madrid.
- (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, V, Madrid.